

Juan Miguel Vega

Veintitantas maneras de entrar en Sevilla

Historias de la muralla y sus puertas

Prólogos de
Enriqueta Vila Vilar
y Eduardo Osborne Bores

el paseo, 2024

© Juan Miguel Vega Leal, 2024
© de las fotografías: (autorías indicadas en los pies)
© de esta edición: el paseo editorial, 2024

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

La editorial quiere agradecer la colaboración especial con este libro de los fotógrafos Antonio del Junco, Pepe Morán y José Antonio Zamora.

1.ª edición: octubre de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas y maquetación: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N. 978-84-19188-50-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-2241-2024
CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN, por Eduardo Osborne Bores	11
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN, por Enriqueta Vila Vilar	15
AGRADECIMIENTOS	19
INTRODUCCIÓN	21
LA PUERTA DEL SOL	27
LA PUERTA DE CÓRDOBA	35
LA PUERTA DE LA MACARENA	43
EL POSTIGO DEL CUCO	51
LA PUERTA DE LA BASURA	55
LA PUERTA DE LA BARQUETA	59
LA PUERTA DE SAN JUAN	65
LA PUERTA REAL	69
LA PUERTA DE TRIANA	81
LA PUERTA DEL ARENAL	87
EL POSTIGO DEL ACEITE	93
EL POSTIGO DEL CARBÓN	105
LA PUERTA DE LA VICTORIA	111
LA PUERTA DE JEREZ	117
LA PUERTA DE SAN FERNANDO	127

LA PUERTA DEL PARQUE	133
LA PUERTA DE LA CARNE	139
EL POSTIGO DEL JABÓN	149
LA PUERTA DE CARMONA	153
LA PUERTA OSARIO	161
APÉNDICE	
LAS PUERTAS APÓCRIFAS (SEVILLA, SIGLO XXI)	169
Mercasevilla	170
Polígono Sur	173
Heliópolis	176
Gota de leche	181
San Lázaro	184
Chapina	189
Tablada	194



Detalle del escudo de la ciudad atribuido al escultor Juan de Oviedo, de quien se dice que fue inquilino del Postigo del Aceite durante algunos años.



**PUERTA
DE LA
BARQUETA**

Prólogo a esta edición

Sitúa el autor del libro que tiene entre las manos su principio en la mitad avanzada del siglo XIX, justo antes de la denominada Revolución Gloriosa de 1868, cuando un grupo de próceres de la ciudad, con el inefable duque de Montpensier al frente, ya tenían en mente la destrucción de la mayor parte de las puertas de la antigua muralla, con el pretexto de su modernización. A partir de ahí, trazará un interesantísimo recorrido por el perímetro de la ciudad, la real y la imaginada, la histórica y la contemporánea, que le servirá de paso para ofrecer su particular visión de eso que conocemos como Sevilla, rematada al final a modo de corolario con unas puertas virtuales de lo que hoy sería su nueva frontera, no solo territorial.

Tiene Juan Miguel Vega dos rasgos que lo capacitan sobremedida para este reto (porque siempre lo es desentrañar las fronteras de la ciudad inabarcable): su profesión de periodista de olfato con horas de vuelo acostumbrado, como se decía del recordado Antonio Burgos, a palpar la ciudad con el oído pegado a su suelo; y su condición de sevillano de extramuros, una aparente contradicción para quien se apresta a horadar esas murallas supuestamente delimitadoras de lo mucho que se guarda dentro, pero que a mí se me antoja incluso más interesante por lo que tiene de conocedor también de la realidad de lo que se cuece fuera, tan sevillana o más, por cierto, que la que estamos acostumbrados a glosar los que nos consideramos de adentro.

Para orientarnos en su lectura, hagamos nuestra la referencia de las cuatro puertas que contara el abad Gordillo, como puntos cardinales de la ciudad: la de Carmona al oriente, la de Jerez al mediodía, la de la Macarena al septentrión, y la de Triana al occidente. Y puestos en contexto, situémonos como nos sugiere el autor, al modo en que la Iglesia orienta sus catedrales, siempre hacia el este por donde se levanta el sol, que en Sevilla no por casualidad coincide con la calle del mismo nombre, muy cerquita del beaterio de la Trinidad

y justo al lado de donde nació y fue bautizada santa Ángela de la Cruz, en la antigua iglesia de Santa Lucía donde precisamente residió, añado, mi Hermandad de los Panaderos.

A partir de ahí, daremos por la Sevilla antigua que conocemos por el asistente Olavide una vuelta en sentido contrario a las agujas del reloj, que nos acercará primero a la Puerta de Córdoba, única que conserva su fisonomía original, y siguiendo muralla arriba, a la de la Macarena, aquella por la que, según Carlos V el emperador, se acababa el mundo, tan identificada hoy con la Hermandad y su arco. No por casualidad, justo aquí se encuentra la calle Bécquer, tan relacionado el poeta o más con esta zona perimetral de la ciudad que con el barrio de San Lorenzo donde nació, y en cuya calle hallaremos pequeños accesos de la muralla para nosotros desconocidos (el Postigo del Cuco, la Puerta de la Basura...) antes de llegar a la Puerta de la Barqueta junto al río, donde cuentan que el genio de Gustavo Adolfo quiso reposar.

Bajaremos por la calle Torneo, esa que nos descubrió la Expo 92 cuando se desmanteló toda la estructura ferroviaria que la unía con la vieja estación de tren, y que esconde la Puerta de San Juan, también llamada del Ingenio, para dar al final con la Puerta Real, que los almohades llamaban de Goles, puerta que imaginamos majestuosa por la que entró Felipe II la única vez que visitó Sevilla, el hombre más poderoso del mundo. Otro rey, Felipe V, entraría por la de Triana. Ya para entonces habremos tenido ocasión de observar la estrecha relación, que el autor relaciona con habilidad y será una corriente en el relato, entre nombres y lugares, fechas y acontecimientos, historia y leyendas.

Quizá sea la zona del Arenal y su extensión por la muralla del Alcázar donde confluyan con más evidencia las contradicciones de la ciudad, que el autor resaltará con toda su crudeza contrastando la supuesta modernidad y el progreso con el capricho o la ostentación. Nos sirve de ejemplo la Puerta del Arenal que el alcalde García de Vinuesa derribó, y tras la que todavía sobrevive el habitado postigo en forma de arco por el que entraba el aceite, sustituto del antiguo que se perdió bajo las nuevas atarazanas de Alfonso X, y lugar de referencia hoy para los cofrades que cada año hacen suyo sin saberlo el verso de Cernuda, convenientemente traído al texto, «la felicidad siempre aguarda bajo un arco». Menos conocidas son la Puerta de la Victoria que todavía sigue en pie junto al Alcázar, donde se enarboló el pendón de la ciudad con el Rey Santo, y el Postigo del carbón,

o de los Azacanes, escape del último rey moro y punto final del Islam en Occidente. ¿Cabe más historia en menos espacio? O, por decirlo a la manera del autor, ¿cabe más olvido en menos tiempo?

El curso del Tagarete que nos llega desde la calle Arroyo nos llevará hasta la Puerta de Jerez, y de ahí a la de San Fernando, tan ligada al esplendor romántico de los Montpensier, y en cierta forma cuna del regionalismo sevillano. Y aunque nadie se acuerde, primera portada de la feria del Prado hasta su destrucción, como otras tantas, en 1868. No muy lejos de allí el autor sitúa otra antigua puerta, más imaginada que real, que daría entrada a los actuales Jardines de Murillo, cesión de Alfonso XIII a la ciudad gracias a la intercesión del periodista José Laguillo.

La última etapa del recorrido nos llevará por la parte este de la muralla hasta retornar a la calle Sol donde lo iniciamos, que el autor conoce bien y se nota, por ser lugar natural de entrada para los vecinos que llegan de las barriadas surgidas en el tardofranquismo hasta el templete de la Cruz del Campo. Si hasta ahora se ha servido de cicerones de lujo como Ortiz de Zúñiga o González de León, para desentrañar la hermosa historia del barrio de San Bernardo, tan estrechamente vinculado a él por su hermandad, cuyo mata-dero de carne dio nombre a la puerta que se le abría enfrente, aquí buscará la ayuda nada menos que de nuestro ilustre exiliado José María Blanco White, vecino de Santa Cruz.

Cruzando Santa María la Blanca, detrás de la antigua sinagoga, el barrio de San Bartolomé nos sumergirá en un relato de fantasmas de la calle Verde que darán a la Puerta del Jabón que nadie sabe si existió, pero que sugiere una comunidad de judíos artesanos al que debe su nombre la calle Tintes. La Puerta de Carmona nos devolverá a la Sevilla más romana como entrada de la antigua Vía Augusta, hasta terminar en la Puerta Osario, antigua necrópolis musulmana, leyenda hermosa del moro funerario y cruce de caminos hacia ninguna parte.

En realidad, toda esta imponente obra de Juan Miguel Vega, tan fluida, erudita, culta, divertida, incluso un punto transgresora (el *rock* tampoco es ajeno a su mundo) en lo que tiene de grito contra la falsa modernidad, no es sino un continuo cruce de caminos y de culturas, de edificios y de rincones, de verdades y de leyendas, de avances y de traiciones. Como si fuese la apertura del testamento de la ciudad heredada, por decirlo en las palabras de su admirado profesor Francisco Morales Padrón.

Pero a todo este manantial de estudio y de documentación, de historia y sociología sobre la ciudad tradicional pasada por el tamiz del tiempo, le faltaba el contrapunto de la ciudad real que amanece cada mañana en los barrios lejanos de la periferia, los menos de ellos burgueses, los más de modestos trabajadores, y algunos, demasiados, incluso abandonados, esas «otras Sevillas» de las que nos separan tantas fronteras reales y virtuales, pero que perfilan con sus afanes y carencias la verdadera dimensión de la urbe.

Como el intelectual honesto que es, no podía Juan Miguel limitar su estudio a las fronteras históricas de cuando las ciudades se construían a la defensiva, producto de la mentalidad medieval de palacios y conventos. Ni siquiera a las primeras extensiones allende la muralla (Triana y el Tardón, Nervión, Santa Justa, Juan XXIII...), de ahí lo relevante para la comprensión de la obra en su conjunto del apéndice final en forma de nuevas fronteras de la ciudad en el siglo XXI. Sevilla este haciendo bueno aquello de que «el sol siempre sale por Antequera»; la avenida de la Paz que nos conecta con el más allá de las Tres Mil o los Pajaritos; el Heliópolis elegante de la Exposición del 29; la ciudad «contradictoria y paradójica» que se esconde entre el nudo de la Gota de Leche; el «norte magnético» de los muertos de San Lázaro y San Jerónimo; o la dehesa de Tablada, enorme erial junto al río y sueño confeso de especuladores.

Solo espero, para terminar, que cuando hayan acabado de leer este libro sientan, como yo ahora, una gozosa mezcla de orgullo y agradecimiento. Orgullo por vivir en una ciudad a la que, cuanto más se acerca uno, más inabarcable nos parece; y agradecimiento por saber aportar, desde el rigor y la crítica, información y conocimiento para poder apreciar en toda su dimensión la realidad de una sociedad bastante más poliédrica de lo que aparenta. Y por enseñarnos tan bien la Sevilla que se ve por la que pasamos todos los días, pero sobre todo, y esto es lo realmente meritorio, la que no se ve, que es sin lugar a dudas la más interesante.

EDUARDO OSBORNE BORES
Sevilla, julio de 2024

Prólogo a la primera edición

Cuando acepté la invitación para prologar este libro que me hizo su autor, mi querido amigo Juan Miguel Vega, sabía que me enfrentaba a un difícil reto: redactar unas páginas que iban a servir como presentación de un libro que, de antemano y sin leerlo aún, estaba segura de que sería brillante. Sigo sus colaboraciones en prensa desde hace tiempo, he leído uno de sus últimos libros, *Sevillanos*, que fue presentado por el antropólogo Isidoro Moreno en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y conozco su trayectoria profesional. Periodista y con «buena pluma» como se dice –o se decía– en el *argot* que se usa en su profesión, sé por experiencia que no hay nada más ameno que un libro escrito por una persona con esas características. Y fue precisamente esa experiencia y la admiración y amistad que le profesó lo que me movió a aceptar ese reto. Juan Miguel Vega puso en marcha en la radio un programa pionero en el mundo de las cofradías: *El Llamador*. Un programa que presentó un panorama distinto de ese mundo que él tan bien conoce con el que consiguió una gran audiencia. Yo soy hija de un periodista de las características que he descrito antes, el cual, al final de la década de los cuarenta del pasado siglo, puso en marcha otro programa radiofónico –*El Toreo*– que también revolucionó otro mundo muy sevillano, el de los toros. Por eso sabía muy bien que me iba a enfrentar con un texto de gran interés y bien escrito. Y acerté en todo y además me encontré con otra cualidad que ignoraba: su singularidad.

Aparece esta en cada una de sus páginas, desde el título hasta el fin, y estriba, sobre todo, en que estamos ante un libro que podría ser de historia –de esa modalidad de la historia ahora tan en boga y que Unamuno bautizó como intrahistoria– pero estamos también ante un libro que podría encuadrarse dentro de la antropología, la arqueología, la sociología, el arte. Ante un libro fácil y complejo, ameno y profundo, curioso y divertido. Un libro que puede parecer anecdótico pero que encierra mucha investigación, mucha lectura y muchos paseos por la ciudad. Y, desde luego, un profundo amor por

esta. Mientras lo leía no he podido desprenderme del recuerdo de otro libro singular: *Sevilla insólita*, de Francisco Morales Padrón. No porque hubiera encontrado en ellos un paralelismo formal, sino porque ambos nos presentan facetas de una Sevilla desconocida para la mayoría, que los convierten en una bella guía que todos querríamos seguir y que rezuman en sus páginas un profundo conocimiento de la ciudad y de sus lugares más recónditos, algo que solo se consigue penetrando en su alma. Y eso es precisamente lo que hace Juan Miguel Vega: penetrar en el alma de esta ciudad de nuestros amores a través de sus puertas o del recuerdo de ellas.

Estamos por tanto ante una nueva obra sobre Sevilla; sobre la Sevilla profunda. La Sevilla del esplendor y la de la miseria; la Sevilla que construye y la que destruye; la Sevilla antigua y la moderna; la Sevilla perdida y la actual. Cada uno de sus veinte capítulos están dedicados a las veinte puertas de las murallas almohades que han llegado hasta nosotros a trozos, de piedras o de recuerdos. De algunas todavía quedan vestigios; otras probablemente solo existieron en la imaginación popular; todas han sido rescatadas en este libro escrito a base de una cuidada labor de investigación y de una fuerte dosis de curiosidad y paciencia. Con una bella mezcla entre la historia y la leyenda.

Creo que la mejor muestra de lo que vengo diciendo se puede ver en el segundo capítulo en el que se reconstruye la historia del barrio de San Julián con el pretexto de hablar de la Puerta de Córdoba, a través de la que nos introduce en una mezcla de realidad y misterio que convergen en los distintos y tristes avatares que el barrio tuvo que soportar. Tanto en esta como en las demás que rompían la muralla se nos presenta una Sevilla ya perdida a la par que se descubren, en una labor que tiene mucho de arqueología, los trozos de las puertas escondidos entre cimientos de nuevos edificios, adosados a paredes de casas antiguas y algunos a la vista de quien tenga interés en buscarlos. Trozos que aún se conservan aunque solo conozcamos la única que queda en pie casi completa: la Macarena. Bastantes de ellas permanecen en callejero –Puerta de la Barqueta, Puerta Real, Puerta Osario, Puerta de la Carne, Puerta de Carmona, Puerta de Triana, Puerta de Jerez o Puerta del Arenal–, otras, tan solo en el recuerdo de unos pocos –Sol, San Juan o, la incomprensiblemente olvidada pero viva, de la Victoria– y otras es posible que solo hayan sido fruto de la imaginación –la de la Basura, la del Carbón, la de la Judería...–. Y los famosos postigos, algunos en pie como el del

Aceite y otros perdidos en la nebulosa de la leyenda o el imaginario popular como el del Cuco o el del Jabón, todos los cuales nos hacen penetrar en una Sevilla de tiempos pasados, de gente variada y de costumbres desaparecidas.

Juega con los tiempos de Sevilla, con sus medidas, con sus luces y sus sombras, con sus penas y alegrías. Mezcla historia, leyenda y literatura, demuestra un gran conocimiento de los cronistas –sus antepasados profesionales– y retrata con gran tino a los sevillanos que ahorman el carácter de Sevilla. Porque creo que, sin duda, Sevilla es lo que es, para bien o para mal, por su gente. Y que me perdone D. Antonio Machado.

Para poder describir todo esto con brillantez y amenidad –para mí lo más envidiable del libro– hacen falta grandes dosis de conocimiento de Sevilla, continuos paseos, mucho olfato de investigador, un gran bagaje cultural y una capacidad de narrar e imaginar que solo puede darse en un buen escritor. Todo lo cual posee Juan Miguel Vega como saben todos los que hayan leído algo de lo mucho que tiene publicado.

Como tendrán ocasión de comprobar, el libro se lee de un tirón y se hace corto. Al terminar se siente el deseo de que el autor siga por este camino con su periodismo de investigación. Un camino que puede ser tan fructífero y novedoso como el que ha seguido hasta ahora en otras parcelas de la vida sevillana. Por mi parte quisiera terminar confesando que pienso ir con el libro en la mano buscando cada uno de los restos que descubre de esa Sevilla que pudo haber sido y no es. ¿Se imaginan nuestro casco histórico amurallado, con las bellas puertas que aquí se nos presentan y sin el tranvía, metro o tren –como quieran llamarlo– pasando por delante de la Catedral?

ENRIQUETA VILA VILAR
De la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
y de la Real de la Historia
Sevilla, noviembre, 2012



Fotografía de la Puerta de la Carne procedente de una imagen estereoscópica, posiblemente tomada por el fotógrafo Louis Eugène Sevaistre, que incluiría la firma Gaudin en un catálogo de imágenes de ciudades españolas publicado en 1858.

Agradecimientos

Este libro, fruto como casi todas las cosas de un cúmulo de causalidades, quiere ser un homenaje a quienes a lo largo de los siglos nos han venido contando la historia de Sevilla; en especial, a los autores de las candorosas misceláneas que recopilaron los episodios más jugosos del abundante anecdotario hispalense. Precisamente uno de ellos, *Curiosidades Sevillanas*, de Alfonso Álvarez-Benavides, habría de inspirar este trabajo. También lo hicieron las obras de Luis de Peraza, Félix González de León y Manuel Chaves Rey; los anales de Ortíz de Zúñiga y Joaquín Guichot; incluso las jugosas memorias del periodista José Laguillo. A todos ellos, a la herencia que dejaron, el autor de estas páginas quiere rendir tributo y mostrar agradecimiento.

Dicho esto, obligado es también dar las gracias a David González Romero, director, responsable y prácticamente todo en El Paseo Editorial, por su extrema paciencia. Pepe Hidalgo solía decir: «Los macarenos sabemos esperar». No sé si David es macareno –yo sí–, pero sabe esperar.

Mi agradecimiento también a quienes cedieron las fotografías históricas de las desaparecidas puertas, algunas de incalculable valor, que ilustran estas páginas: los coleccionistas Carlos Sánchez, Miguel Ángel Yáñez Polo y el sobrino de este y buen amigo, José Yáñez. Y junto a ellos, mi estimado Ignacio Medina, duque de Segorbe, a quien además debo agradecer la importante documentación aportada procedente de su archivo.

De forma especial debo mostrar mi gratitud a los herederos de Richard Ford, por la cesión del grabado que ilustra el capítulo dedicado a la muy desconocida Puerta del Parque, gratitud que extendiendo al profesor Javier Rodríguez Barberán, quien realizó las gestiones para posibilitar dicha cesión.

Del resto de las fotografías, que retratan el estado actual de los enclaves donde se alzaron las puertas y también los de aquellos donde hemos situado las «Puertas Apócrifas», se encargaron tres maestros de la fotografía contemporánea: Antonio del Junco, José

Antonio Zamora y Pepe Morán, a quienes agradezco, más incluso que las extraordinarias fotos que aportan, el hecho de que esa aportación haya sido fruto de la amistad.

Gracias asimismo al propietario del Postigo del Aceite, Fernando Casas, quien no solo nos facilitó el acceso al mismo cuantas veces se lo solicitamos, sino que además puso en nuestras manos toda la documentación registral sobre su historia.

Y finalmente, gracias a mi entrañable amiga Enriqueta Vila Vilar por el prólogo que en su día escribió para la primera versión de esta obra, así como al autor del que abre esta nueva edición, Eduardo Osborne Bores.

Sevilla, otoño de 2024

Introducción

Si han de mirarte por última vez, que al menos lo hagan unos ojos bonitos. El destino quiso conceder ese postrero consuelo a las antiguas puertas y murallas de Sevilla, cuya arquitectura aún pudo ser contemplada poco antes de su demolición por las emperatrices de Austria y Francia, Sissi y Eugenia de Montijo, damas ambas de extraordinaria belleza, según relatan las crónicas. El duque de Montpensier, conspicuo prócer de la época, sería el anfitrión de tan ilustres visitantes durante su estancia en la capital de Andalucía, a mediados del siglo XIX. Sevilla era entonces una ciudad decadente y menesterosa que algunos, el duque entre ellos, querían abrir a la modernidad; esa cosa vaga y ambigua que tantas veces aquí se confundió con el progreso. Así las cosas, se llegó a la conclusión de que la muralla y sus puertas constituían un dogal, un freno, una barrera que se interponía entre la ciudad y la anhelada modernidad, ante lo cual se determinó su demolición.

Que tan drástica e irreversible decisión no logró su propósito lo demuestra el hecho de que, siglo y medio después, Sevilla siguiera aún persiguiendo el sueño de la modernidad, a causa de lo cual se hicieron también cosas que resultaron muy discutibles. Es llamativa la obsesión que desata la modernidad, a pesar de no ser nada concreto; a veces, un sueño apenas que se evapora y esfuma en el instante en que creemos haberlo alcanzado. Porque el sino de todo lo moderno es acabar convirtiéndose en antiguo. En cualquier caso, la modernidad, si se identifica con lo nuevo, siempre irá unos pasos por delante de nosotros. Alcanzarla plenamente resulta por eso imposible. Pero el hombre se empeña en intentarlo. Y en ese empeño a veces hace cosas de las que luego se arrepiente. Sí, justo cuando ya no tienen remedio. Esto, ciertamente, daría para un libro, pero no es lo que nos ocupa en este. Aquí, de lo que vamos a hablar es de aquella muralla, de lo que significó –y todavía significa– para Sevilla y los sevillanos.

Del sevillano se dice que es persona abierta, aunque solo en apariencia. De entrada se muestra receptivo y hospitalario, pero a la hora de la verdad difícilmente ningún extraño puede acceder a su

esfera personal más íntima. Es como la cancela de sus casas: permite ver el interior pero no penetrar en él. Quizá ello tenga que ver con el hecho de que el recinto de la ciudad estuviese rodeado por una muralla durante la mayor parte de los tres mil años de historia que le estiman los arqueólogos. El inconsciente del ciudadano hispalense estaría así mediatizado por el hecho de haber vivido encerrado entre muros al menos veintisiete de los treinta siglos mal contados que su ciudad lleva en pie.

Del 49 antes de Cristo data la primera referencia sobre la existencia de una muralla en la Hispalis romana. Se trata de la que supuestamente mandó construir, veinte años antes, Julio César cuando estuvo en la ciudad luchando contra los lusitanos. De esa muralla, sin embargo, no se ha hallado todavía vestigio alguno, aunque se hayan relacionado con ella los restos aparecidos en zonas como las calles Laraña y Orfila o las proximidades del templo de Santa Catalina. Claro que también hay quien sostiene que nadie va a dar nunca con los restos de esa muralla, pues los sillares de piedra de que estaba formada fueron desmontados en época islámica para, posteriormente, ser reutilizados en la construcción del Alcázar, resultando, si ello fuera cierto, que la respuesta al enigma que los arqueólogos llevan tantos siglos tratado de resolver, ha estado todo el tiempo delante de sus propias narices. Muy ilustrativa al respecto es la información que ofrece el prestigioso arqueólogo Miguel Tabales en el número 20 de la revista *Apuntes del Alcázar* refiriéndose a la muralla de este palacio: «Un recuento aproximado nos permite suponer que se utilizaron unos 37 000 sillares extraídos presuntamente de la muralla romana, cuya ubicación (tal vez por esto) desconocemos, aunque entendemos que discurriría por las inmediaciones».

La muralla romana pudo, sin embargo, no haber sido la primera que tuviera Sevilla. Los historiadores están convencidos de que la Spal (nombre original de la ciudad) turdetana ya contó durante la dominación cartaginesa con algún tipo de muro o empalizada que la protegía. En el interior de esta precisamente trataron de refugiarse los restos de las tropas de Aníbal que habían sido derrotadas por Escipión en la batalla del Vado de las Estacas durante la segunda Guerra Púnica. Un craso error el de aquellos despavoridos guerreros, que en realidad no hicieron sino meterse en una ratonera donde fueron masacrados por los romanos, que remataron su macabra faena incendiando la ciudad, como atestiguan los rastros arqueológicos hallados en distintos puntos.